

EL LIBRO DE THEL, TIRIEL
(THE BOOK OF THEL, TIRIEL)

WILLIAM BLAKE

El Libro de Thel

El lema de Thel

¿Sabe el águila lo que hay en foso
O irás a preguntárselo al Topo?
¿Puede colocarse la Sabiduría en un cetro plateado
O el amor en un cuenco dorado?

THEL

I

Las hijas de Seraphim cuidaban sus soleados rebaños.
Todas excepto la menor. ella en lividez buscaba en el aire secreto.
Desvanecerse como belleza matutina de su día mortal:
Y bajando por el río de Adona se puede escuchar su suave voz:
Y de este modo su dulce lamento cae como rocío de la mañana.

¡Oh vida de ésta primavera nuestra! ¿Por qué se marchita la flor de loto del agua?
¿Por qué se marchitan estos hijos de la primavera? nacidos sólo para sonreír y caer.
¡Ah! Thel es como un arco de agua, y como una nube que se aleja.
Como el reflejo en un espejo. como sombras en el agua.
Como sueños de pequeñuelos. como una sonrisa en el rostro de un pequeño,
Como la voz de la paloma, como un día fugitivo, como música en el aire;
¡Ah! dulcemente podría tenderme, y dulcemente descansar mi cabeza.
Y dulcemente dormir el sueño de la muerte. y dulcemente oír la voz
De aquél que paseó por el jardín al caer la noche.

El Lirio del valle respirando en la modesta hierba
Le contestó a la adorable doncella y le dijo; Yo soy una hierba acuosa,
Y soy muy pequeña, y me encanta habitar en las tierras bajas;
Tán débil soy, que la dorada mariposa apenas puede sostenerse sobre mi cabeza.
Y aun así soy visitada desde el cielo. y aquél que sonríe sobre todos.
Pasea por el valle. y cada mañana pone su mano sobre mí
Diciendo, "regocíjate humilde hierba, flor de lirio recién nacida,
Tú gentil doncella de los valles silentes. y de modestos arroyuelos;
Pues serás ataviada en ropajes de luz, y serás alimentada con maná de la mañana:
Hasta que el calor del verano te funda junto con las fuentes y manantiales
Para florecer en valles eternos": así que por qué habría Thel de lamentarse,

¿Por qué habría de dejar escapar un suspiro la señora de los valles de Har?.

Ella se detuvo y sonrió entre lágrimas, y luego se sentó en su altar de plata.

Thel contestó. "Oh pequeña virgen del valle de la tranquilidad.
Que les das a los que no pueden implorar, los sin voz, los exhaustos.
Tu aliento nutre al inocente cordero, él huele tus prendas de leche,
Él cosecha tus flores. mientras tú te sientas y le sonríes a su cara,
Limpiando su tierna y mansa boca de toda mancha contagiosa.
Tu vino purifica la dorada miel, tu perfume,
Que derramas sobre cada pequeña hoja de hierba que brota
Revive a la vaca ordeñada, y amansa al corcel de aliento de llamas.
Pero Thel es como una desfalleciente nube encendida por el sol naciente:
desaparezo en mi trono de perlas, y ¿quién me habrá de encontrar?"

Reina de los valles repuso el Lirio, pregúntale a la tierna nube,
Y ésta te habrá de decir por qué rutila en el cielo de la mañana,
Y por qué siembra su brillante belleza a través del húmedo aire.
Desciende Oh pequeña nube y ciérnete ante los ojos de Thel.

La Nube descendió, y el Lirio inclinó su humilde cabeza:
Y fue a ocuparse de su numerosa carga entre la verde hierba.

II

Oh pequeña Nube dijo la virgen, Te ordeno me digas,
Por qué no te quejas cuando en una hora te desvaneces:
Y luego te buscaremos pero no te hemos de encontrar; ah Thel no es como tú.
Yo muero. y aunque me quejo, nadie escucha mi voz.

Entonces la Nube mostró su dorada cabeza y su forma brillante emergió,
Revoloteando y brillando en el aire ante el rostro de Thel.

Oh virgen ¿acaso no sabes. nuestros corceles beben de los manantiales dorados
Donde Luvah renueva sus caballos?: ¿acaso miraste mi juventud,
Y temes porque me desvanezco y no se me ve más?
Nada perdura; Oh doncella te lo digo, cuando muero,
Llego a una vida multiplicada en amor, en paz, y éxtasis sagrado:
Descendiendo sin ser visto, poso mis alas sobre flores aromáticas;
Y cortejo al rocío de bello mirar. para que me lleve consigo a su reluciente morada;
La llorosa virgen, temblando se arrodilla ante el sol que se eleva,
Hasta que nos levantemos unidos en una cinta dorada, y nunca nos separemos;
Si no que caminemos unidos, llevando alimento a todas nuestras tiernas flores

¿Acaso lo haces Oh pequeña Nube? Temo que no soy como tú;
Pues camino a través de los valles de Har. y huelo las flores más dulces;
Pero no alimento a las flores pequeñas: escucho a las aves que cantan,
Pero no alimento a las aves cantoras. ellas vuelan y buscan su alimento;
Pero Thel ya no se deleita más con esto pues me desvanezco,
Y todos dirán, esta mujer vivió sin ser de ninguna utilidad,
¿O sólo vivió. para ser alimento de los gusanos al morir?

La Nube se reclinó en su aéreo trono y así contestó.

Entonces si eres alimento de gusanos. Oh virgen de los cielos,
Cuán grande es tu utilidad. cuán grande es tu bendición; cada cosa que vive,
No vive en soledad, ni para sí misma: no temas y llamaré
Al débil gusano desde su cama subterránea, y oirás su voz.
Ven aquí gusano del valle silente, ven a tu pensativa reina.

El indefenso gusano emergió, y se sentó sobre la hoja del Lirio,
Y la brillante nube partió, para encontrarse con su compañero en el valle.

III

Entonces Thel asombrada contempló al Gusano sobre su húmedo lecho.

¿Eres un Gusano? imagen de la debilidad. ¿acaso no eres sino un gusano?
Te veo como un pequeño envuelto en la hoja del Lirio:
Ah no llores diminuta voz, que al no poder hablar. puedes llorar;
¿Es esto un gusano? Te veo indefenso y desnudo: llorando,
Y nadie te responde, nadie te reconforta con sonrisa maternal.

El Terrón de Arcilla escuchó la voz del Gusano, y levantó su piadosa cabeza;
Se inclinó sobre el quejumbroso pequeño, y su vida exhaló
En cariño lechoso, y entonces fijó sus humildes ojos sobre Thel.

Oh belleza de los valles de Har. no vivimos para nosotros,
Me viste a mí que soy la cosa más miserable, y lo soy de hecho;
Mi seno es frío para sí mismo. y para sí mismo es oscuro,

Pero aquél que ama lo humilde, derrama aceite sobre mi cabeza.
Y me besa, y amarra sus bandas nupciales alrededor de mi pecho.
Y dice; Vos madre de mis hijos, te he amado.
Y te he dado una corona que nadie te puede arrebatar
Pero cómo es esto dulce doncella, no lo sé, y no lo puedo saber,
Reflexiono, y no puedo reflexionar; y aun así vivo y amo.

La hija de la belleza limpió sus compasivas lágrimas con su blanco velo,
Y dijo. ¡Hay! No sabía de esto, y por lo tanto lloraba:
Sabía que Dios podría amar a un gusano, y que castigaba al pie malvado
Y que intencionadamente, hería su indefensa forma: pero que le regalara
Con leche y aceite, nunca lo supe; y por lo tanto lloraba,
Y me quejaba en el tibio aire, porque me desvanecía,
Y me recostaba en tu frío lecho, y abandonaba mi brillante reino.

Reina de los valles, contestó el trozo de Arcilla; he escuchado tus suspiros.
Y todos tus lamentos volaron sobre mi tejado. y yo los invité a bajar:
¿Entrarás Oh Reina a mi casa?. tienes el permiso de entrar,
Y de volver; no temas nada. entra con tus virginales pies.

IV

El terrorífico portero de las puertas eternas alzó la barra septentrional:
Thel entró y contempló los secretos de la tierra desconocida;
Vió los lechos de los muertos, y el lugar donde las fibrosas raíces
De cada corazón en la tierra hincan su incansable serpentear:
Una tierra de pesares y de lágrimas donde nunca se hubo de ver sonrisa.

Ella erró por la tierra de las nubes a través de oscuros valles, escuchando
Dolores y lamentos: a menudo esperando al lado de una tumba bañada de rocío
Se quedó en silencio. escuchando las voces de la tierra,
Hasta que al lugar de su propia tumba llegó, y allí se sentó.
Y escuchó esta voz de dolor que emanaba desde aquel hueco foso.

¿Por qué no puede cerrarse el oído ante su propia destrucción?
¡O el rutilante Ojo ante el veneno de una sonrisa!
¿Por qué están los párpados cargados con flechas alistadas,
Donde mil guerreros yacen en emboscada?
¡O un Ojo cargado de regalos y dones, dando frutos y monedas de oro!
¿Por qué una Lengua se solaza con la miel de todos los vientos?
¿Por qué es un Oído, un torbellino que se dispone a envolver a la creación?
¿Por qué se ensancha la nariz mientras temblorosa y espantada inhala terror.
¡Por qué el suave ondular sobre el juvenil y ardoroso muchacho!
¿Por qué la pequeña cortina de carne sobre el lecho de nuestro deseo?

La virgen se levantó de su asiento, y con un chillido.
Huyó desembarazada hasta llegar a los valles de Har

Fin

The Book of Thel

THEL'S MOTTO

Does the Eagle know what is in the pit?
Or wilt thou go ask the Mole?
Can Wisdom be put in a silver rod?
Or Love in a golden bowl?

THEL

I

The daughters of the Seraphim led round their sunny flocks,
All but the youngest: she in paleness sought the secret air,
To fade away like morning beauty from her mortal day:
Down by the river of Adona her soft voice is heard,
And thus her gentle lamentation falls like morning dew:

"O life of this our spring! why fades the lotus of the water,
Why fade these children of the spring, born but to smile and fall?
Ah! Thel is like a wat'ry bow, and like a parting cloud;
Like a reflection in a glass; like shadows in the water;
Like dreams of infants, like a smile upon an infant's face;
Like the dove's voice; like transient day; like music in the air.
Ah! gentle may I lay me down, and gentle rest my head,
And gentle sleep the sleep of death, and gentle hear the voice
Of him that walketh in the garden in the evening time."

The Lily of the valley, breathing in the humble grass,
Answer'd the lovely maid and said: "I am a wat'ry weed,
And I am very small and love to dwell in lowly vales;
So weak, the gilded butterfly scarce perches on my head.
Yet I am visited from heaven, and he that smiles on all
Walks in the valley and each morn over me spreads his hand,
Saying, 'Rejoice, thou humble grass, thou new-born lily-flower,
Thou gentle maid of silent valleys and of modest brooks;
For thou shalt be clothed in light, and fed with morning manna,
Till summer's heat melts thee beside the fountains and the springs
To flourish in eternal vales.' Then why should Thel complain?
Why should the mistress of the vales of Har utter a sigh?"

She ceas'd and smil'd in tears, then sat down in her silver shrine.

Thel answer'd: "O thou little virgin of the peaceful valley,
Giving to those that cannot crave, the voiceless, the o'ertired;
Thy breath doth nourish the innocent lamb, he smells thy milky garments,
He crops thy flowers while thou sittest smiling in his face,
Wiping his mild and meekin mouth from all contagious taints.
Thy wine doth purify the golden honey; thy perfume,
Which thou dost scatter on every little blade of grass that springs,

Revives the milked cow, and tames the fire-breathing steed.
But Thel is like a faint cloud kindled at the rising sun:
I vanish from my pearly throne, and who shall find my place?"

"Queen of the vales," the Lily answer'd, "ask the tender cloud,
And it shall tell thee why it glitters in the morning sky,

And why it scatters its bright beauty thro' the humid air.
Descend, O little Cloud, and hover before the eyes of Thel."

The Cloud descended, and the Lily bow'd her modest head
And went to mind her numerous charge among the verdant grass.

II

"O little Cloud," the virgin said, "I charge thee tell to me
Why thou complainest not when in one hour thou fade away:
Then we shall seek thee, but not find. Ah! Thel is like to thee:
I pass away: yet I complain, and no one hears my voice."

The Cloud then shew'd his golden head and his bright form emerg'd,
Hovering and glittering on the air before the face of Thel.
"O virgin, know'st thou not our steeds drink of the golden springs
Where Luvah doth renew his horses? Look'st thou on my youth,
And fearest thou, because I vanish and am seen no more,
Nothing remains? O maid, I tell thee, when I pass away
It is to tenfold life, to love, to peace and raptures holy:
Unseen descending, weigh my light wings upon balmy flowers,
And court the fair-eyed dew to take me to her shining tent:
The weeping virgin trembling kneels before the risen sun,
Till we arise link'd in a golden band and never part,
But walk united, bearing food to all our tender flowers."
"Dost thou, O little Cloud? I fear that I am not like thee,
For I walk thro' the vales of Har, and smell the sweetest flowers,
But I feed not the little flowers; I hear the warbling birds,
But I feed not the warbling birds; they fly and seek their food:
But Thel delights in these no more, because I fade away;
And all shall say, 'Without a use this shining woman liv'd,
Or did she only live to be at death the food of worms?' "

The Cloud reclin'd upon his airy throne and answer'd thus:
"Then if thou art the food of worms, O virgin of the skies,
How great thy use, how great thy blessing! Every thing that lives
Lives not alone nor for itself. Fear not, and I will call
The weak worm from its lowly bed, and thou shalt hear its voice,
Come forth, worm of the silent valley, to thy pensive queen."

The helpless worm arose, and sat upon the Lily's leaf,
And the bright Cloud sail'd on, to find his partner in the vale.

III

Then Thel astonish'd view'd the Worm upon its dewy bed.

Art thou a Worm? Image of weakness, art thou but a Worm?
see thee like an infant wrapped in the Lily's leaf
Ah! weep not, little voice, thou canst not speak, but thou canst weep.
Is this a Worm? I see thee lay helpless and naked, weeping,
And none to answer, none to cherish thee with mother's smiles."
The Clod of Clay heard the Worm's voice and rais'd her pitying head:
She bow'd over the weeping infant, and her life exhal'd
In milky fondness: then on Thel she fix'd her humble eyes.

"O beauty of the vales of Har! we live not for ourselves.
Thou seest me the meanest thing, and so I am indeed.
My bosom of itself is cold, and of itself is dark;
But he, that loves the lowly, pours his oil upon my head,
And kisses me, and binds his nuptial bands around my breast,
And says: 'Thou mother of my children, I have loved thee
And I have given thee a crown that none can take away.'
But how this is, sweet maid, I know not, and I cannot know;

I ponder, and I cannot ponder; yet I live and love."

The daughter of beauty wip'd her pitying tears with her white veil,
And said: "Alas! I knew not this, and therefore did I weep.
That God would love a Worm I knew, and punish the evil foot
That wilful bruise'd its helpless form; but that he cherish'd it
With milk and oil I never knew, and therefore did I weep;
And I complain'd in the mild air, because I fade away,
And lay me down in thy cold bed, and leave my shining lot."

"Queen of the vales," the matron Clay answer'd, "I heard thy sighs,
And all thy moans flew o'er my roof, but I have call'd them down.
Wilt thou, O Queen, enter my house? 'Tis given thee to enter
And to return: fear nothing, enter with thy virgin feet."

IV

The eternal gates' terrific porter lifted the northern bar:
Thel enter'd in and saw the secrets of the land unknown.
She saw the couches of the dead, and where the fibrous roots
Of every heart on earth infixes deep its restless twists:
A land of sorrows and of tears where never smile was seen.
She wander'd in the land of clouds thro' valleys dark, list'ning
Dolours and lamentations; waiting oft beside a dewy grave
She stood in silence, list'ning to the voices of the ground,
Till to her own grave plot she came, and there she sat down,
And heard this voice of sorrow breathed from the hollow pit.
"Why cannot the Ear be closed to its own destruction?
Or the glist'ning Eye to the poison of a smile?
Why are Eyelids stor'd with arrows ready drawn,
Where a thousand fighting men in ambush lie?
Or an Eye of gifts and graces show'ring fruits and coined gold?
Why a Tongue impress'd with honey from every wind?
Why an Ear, a whirlpool fierce to draw creations in?
Why a Nostril wide inhaling terror, trembling, and affright?
Why a tender curb upon the youthful burning boy?
Why a little curtain of flesh on the bed of our desire?"

The Virgin started from her seat, and with a shriek
Fled back unhinder'd till she came into the vales of Har.

The End

TIRIEL

I

El anciano Tiriél se detuvo ante las puertas de su hermoso palacio con Myratana, que fuera la reina de todas las llanuras occidentales. Pero ahora sus ojos estaban sombríos. Su mujer se desvanecía hacia a la muerte. Se detuvieron ante lo que antiguamente fuera el delicioso palacio de ambos. Entonces la voz del anciano Tiriél se elevó para que sus hijos pudiesen escucharle desde sus puertas:

- ¡Maldita raza de Tiriél! Contempla a tu viejo padre; ¡adelante y mira a aquella que te parió! ¡Vengan, hijos malditos! En mis débiles brazos les he traído a su moribunda madre. ¡Acérquense, hijos de la maldición, acérquense a presenciar la muerte de Myratana!

Sus hijos dejaron corriendo las puertas y miraron a sus ancianos padres. Entonces el mayor de los hijos de Tiriél exclamó, alzando su poderosa voz:

- ¡Anciano! ¡Eres indigno de ser llamado el procreador de la raza de Tiriél! ¡Cada una de tus arrugas y cada una de tus crueles canas son como la muerte y tan insensibles como la cripta devoradora! ¿Por qué tus hijos habrían de inquietarse por tus maldiciones, hombre maldito? ¿Acaso no fuimos tus esclavos, hasta rebelarnos? ¿A quién le importa la maldición de Tiriél? Tu bendición fue cruel maldición. Tu maldición podría ser una bendición.

Guardó silencio. El anciano elevó a los cielos su diestra. Con su izquierda sostenía a Myratana que se encogía, presa de los dolores de la Muerte.

Abrió más Tiriél sus enormes ojos y su voz siguió diciendo:

- ¡Son unas serpientes, se retuercen alrededor de los huesos de Tiriél! ¡Gusanos de muerte, se entregan ante la muerte de su anciano padre! ¡Escuchen! ¡Oigan las quejas de su madre! No más hijos condenados en su vientre; no sufre por el alumbramiento de Heuxos o de Yuva, ¡Estos son los gemidos de la muerte, serpientes! ¡Son gemidos de muerte! ¡Se han nutrido con su leche, serpientes! ¡Con lágrimas y con cuidados de madre! ¡Miren mis ojos, que están tan ciegos como los de un cráneo sin órbitas entre las piedras! ¡Miren mi cabeza calva! ¡Presten atención! ¡Escuchen, serpientes! ¡Escuchen! ¡Myratana! ¡Esposa mía! ¡Alma! ¡Espíritu! ¡Fuego! ¿Qué? ¿Has muerto...? ¡Miren serpientes...! ¡Miren! Las serpientes surgidas de sus propias entrañas la han resecado a este punto. ¡Qué la maldición caiga sobre sus cabezas despiadadas, pues aquí mismo la sepultaré!

Mientras hablaba comenzó a cavar una tumba con sus envejecidas manos; pero Heuxos llamó a un hijo de Zazel a fin de que practicara una sepultura para su madre.

- ¡Desiste, cruel anciano, déjanos preparar la tumba! Has rehusado nuestra caridad; has rehusado nuestra comida; has rehusado nuestras ropas, nuestros lechos; negaste habitar en nuestras casas; has preferido errar, como un hijo de Zazel, a través de las rocas. ¿Por qué maldecir? ¿No ha recaído la maldición sobre tu propia cabeza ya? ¿No esclavizaste a los hijos de Zazel? Maldijeron y ahora lo resientes. Cava la fosa, que nosotros enterraremos a nuestra madre.

- Hela aquí. ¡Tomen su cuerpo, hijos maldecidos; y que los cielos descarguen una lluvia de ira tan densa como la niebla del norte, sobre sus techos, para que se ahoguen! Quiero que yazcan como ahora su madre yace, como perros expulsados. Que la putrefacción de sus despojos inspire asco a hombres y bestias hasta que sus huesos con el tiempo palidezcan y sirvan como recuerdo. ¡No! Su recuerdo ha de morir.

Cuando sus despojos malolientes yazcan sobre la tierra, los sepultureros vendrán del este y ni un solo hueso de los hijos de Tiriél quedará. ¡Entierren a su madre, que jamás sepultaran la maldición de Tiriél!

Calló, y cuando oscurecía buscó su rumbo sin senderos a través de las montañas.

11

Noche y día vagó. Para él día y noche eran oscuros. Sentía el sol, pero la resplandeciente luna sólo era para él un círculo inútil. Por las montañas y valles de dolor, el anciano ciego erró, hasta que aquel que todo lo guía lo dirigió al valle de Har.

Har y Heva, como niños, tomaron asiento bajo el roble. Mnetha, ya anciana, los cuidaba. Les daba ropas y alimentos. Pero eran como la sombra de Har y, como los años, olvido. Jugando con las flores y correteando tras los pájaros pasaron la jornada y por la noche como pequeños durmieron, deleitados por sueños infantiles. Pronto el ciego vagabundo penetró en los gratos jardines de Har. Le vieron cuando se disponían a jugar, ambos corrieron, llorosos como chiquillos asustados, a refugiarse en los brazos de Mnetha.

El ciego exclamó, buscando a tientas su camino: ¡La paz sea con quienes, abran estas puertas! Que nadie me tema, pues el pobre y ciego Tiriel sólo se daña a sí mismo. Díganme, amigos, ¿dónde estoy? ¿En qué ameno lugar?

-Este es el valle de Har -, dijo Mnetha, -y esta es la tienda de Har. ¿Quién eres tú, pobre ciego, que dices llamarte Tiriel? Tiriel es el rey de todo occidente. ¿Quién eres? Yo soy Mnetha y quienes tiemblan a mi lado son Har y Heva.

-Sé que Tiriel es rey de occidente y que allá vive dichoso. Poco importa mi nombre, Mnetha; dame algún alimento porque muero. He viajado demasiado para llegar hasta aquí.

Entonces dijo Har: Mnetha, madre, no te acerques mucho a él, que es el rey del bosque putrefacto y de los huesos de la muerte. Vaga sin ver pero puede atravesar gruesos muros y fuertes puertas. ¡No golpearás a mi madre Mnetha, hombre sin ojos!

-Soy un vagabundo que pide de comer. Ya lo ven: no puedo llorar.

Arrojó lejos de mí el cayado que ha sido mi afectuoso compañero de viaje y me dejo caer de rodillas para que vean que soy inofensivo.

Se posternó y Mnetha dijo: Har y Heva, pónganse de pie. ¡Es un anciano inocente y esta hambriento después de tanto viajar! Har se incorporó y fue a posar su mano sobre la cabeza del viejo Tiriel.

-¡Qué Dios bendiga tu pobre cabeza calva! ¡Qué bendiga tus ojos huecos! ¡Qué Dios bendiga tu barba ensortijada! ¡Qué bendiga tu frente cubierta de arrugas! No tienes dientes, anciano. Beso tu cabeza bruñida y calva. Ven, Heva, a besar su calva cabeza. No nos hará daño. Heva fue hacia ellos y llevaron a Tiriel hasta la madre, que les esperaba con los brazos abiertos.

-¡Benditos sean tus pobres ojos anciano, y bendito el viejo padre de Tiriel!

Eres el viejo padre Tiriel; te reconozco por tus arrugas, porque hueles como la higuera, porque hueles como el higo maduro. ¿Cómo fue que perdiste tus ojos, viejo Tiriel? ¡Bendito sea tu rostro arrugado! El anciano Tiriel no lograba a hablar. Su corazón rebosaba dolor. Luchó contra la pasión que crecía en él, pero siguió sintiéndose incapaz de hablar.

Dijo Mnetha: ¡Entra, anciano errabundo! ¿Por qué habrías de ocultarte de quienes son de tu misma sangre? -No soy de estos parajes-, dijo Tiriel. -Soy un viejo vagabundo, padre de una raza asentada lejos, hacia el norte; pero mis hijos fueron perversos y fueron destruidos y yo, padre de ellos, fui desterrado. Les he contado todo; no me pregunten nada más, se los suplico. El dolor ha sellado mi preciada visión.

- ¡Señor! -, dijo Mnetha. - ¡Cómo me estremezco! ¿De modo que hay más personas, más criaturas humanas en esta tierra, fuera de los hijos de Har?

- Ya no las hay -, dijo Tiriel. -Pero yo permanezco en todo este orbe y sigo siendo un paria. ¿Tendrás algo de beber?

Mnetha le dio leche y frutas.

III

Se sentaron a comer. Har y Heva sonrieron a Tiriel.

-Eres muy viejo, pero yo lo soy más. ¿Cómo fue que perdiste el cabello de tu cabeza? ¿Por qué está tan oscuro tu rostro? Mis cabellos son larguísimos y la barba me cubre todo el pecho. ¡Que bendiga Dios tu rostro que inspira a la compasión! Contar sus arrugas sería difícil, aun para Mnetha. ¡Bendito sea tu rostro, porque tu eres Tiriel!

Tiriel apenas y podía disimular y contener la lengua; pero seguía temiendo que Har y Heva muriesen de dicha y dolor.

-Sólo una vez vi a Tiriel. Comimos juntos. Estaba lleno de alegría como un príncipe y me divirtió, pero no permanecí mucho tiempo en su palacio, ya que estoy obligado a errar.

-¿Cómo? ¿También nos abandonarás?-, dijo Heva, -no nos abandonarás como a los demás; te enseñaremos a jugar y a cantar muchas canciones y después de cenar penetraremos en la jaula de Har.

Nos ayudarás a atrapar pájaros y a recoger cerezas maduras. Te llamaremos Tiriél. Nunca nos dejarás.

-Si te marchas-, dijo Har, -quisiera que tuvieses ojos que vieran tu insensatez. Mis hijos me abandonaron; ¿no te abandonaron los tuyos?
¡Cuánta crueldad!

- No, hombre venerable!- Exclamó Tiriél, - no me pidas eso, que harás sangrar a mi corazón. Mis hijos no eran como los tuyos, sino peores.

¡No me preguntes eso otra vez, o tendré que huir!

-No te marcharás-, dijo Heva. -Hasta haber visto nuestros pájaros cantores, oído cantar a Har en la gran jaula y haber dormido sobre nuestros vellones. ¡No te vayas! Tanto te asemejas a Tiriél que amo tu cabeza, aunque arrugada la veo como la tierra reseca por el calor del estío.

Tiriél dijo, poniéndose de pie: ¡Que Dios bendiga estas tiendas! ¡Qué Dios bendiga a mis benefactores; pero no puedo retrasarme más! Viajó por desiertos y montañas, no por agradables valles. No puedo dormir ni descansar. Me acechan la locura y el desaliento.

Entonces Mnetha le acompañó hasta la puerta y le dio su cayado. Har y Heva, de pie, le vieron penetrar en el bosque y fueron enseguida a llorar con Mnetha; pero no tardaron en olvidar sus lágrimas.

Mnetha dijo: No debes errar solo en la oscuridad. Quédate con nosotros y deja que seamos tus ojos. Te serviré alimentos, anciano, hasta que la Muerte te encuentre.

Tiriél frunció el ceño.

- ¿No te he dicho-, repuso, -que la locura y el hondo desánimo poseen el corazón del ciego? ¿Del vagabundo que busca los bosques apoyado en su bastón?

Entonces Mnetha, estremeciéndose ante su mirada, le acompañó hasta la puerta de la tienda y le dio su cayado y le bendijo. Tiriél siguió su camino.

Har y Heva, de pie, le vieron penetrar en el bosque y fueron en seguida a llorar con Mnetha; pero no tardaron en olvidar sus lágrimas.

IV

Por las fatigosas colinas el ciego labró su solitaria senda, día y noche eran por igual oscuros y desolados. No había ido lejos cuando Ijim salió de su bosque yendo a su encuentro, en un camino sombrío y solitario, a la entrada del follaje.

-¿Quién eres, miserable ciego, que así obstruyes la senda del león? ¡Ijim desarticulará tu débil ensambladura, provocador del oscuro Ijim! Tienes la apariencia de Tiriél, pero te conozco muy bien. ¡Fuera de mi camino, asqueroso demonio! ¿Esto constituye tu último engaño, hipócrita, tomar la forma de un ciego mendigo?

El anciano oyó la voz de su hermano y se postro de hinojos.

- Hermano Ijim, si es tuya la voz que me habla, no golpees a tu hermano Tiriél, agotado de vivir. Ya mis hijos me han golpeado. Si también tú lo hicieras, la maldición que sobre sus cabezas pesa, también recaerá sobre la tuya. Han pasado siete años desde que en mi palacio contemplé tu rostro... Siete años de dolor.

-¡Basta ya, oscuro demonio. Desafío tu astucia. Has de saber que Ijim desprecia golpearte bajo la forma del anciano indefenso que simula estar ciego. Levántate, que te conozco y hago a un lado tu persuasiva lengua. Ven: te mostrare el camino y te usare como burla!

-Hermano Ijim; ante ti tienes al mísero Tiriél. ¡Bésame, hermano mío, y deja que vague desolado!

-¡No, astuto demonio! En cambio te guiaré. ¿Quieres marcharte? No me respondas, que en tal caso te ataré a las verdes hierbas del arroyo. Ahora te he desenmascarado y te usare como esclavo.

Al oír las palabras de Ijim, Tiriél no intentó responder. Sabía que era vano: las palabras de Ijim eran como la voz del Destino.

Y juntos anduvieron por colinas y valles poblados de árboles, ciegos ante los placeres de la vista y sordos al melodioso canto de los pájaros.

Todo el día caminaron y toda la noche bajo la luna placentera, dirigiéndose hacia el oeste, hasta que el cansancio fue haciendo presa de Tiriél.

-¡Ijim, estoy desfalleciendo de cansancio. Mis rodillas se niegan a llevarme más allá. No te apresures, que podría morir durante el viaje. Anhelo un poco de descanso y agua de algún arroyo. De otro modo no tardaré en descubrir que soy hombre mortal y tú perderás a Tiriél, al que un día amarás. ¡Estoy muy agotado!

-Demonio descarado-, dijo Ijim, -guardate tus lisonjas y domina tu lengua! Tiriél es el rey y tú el tentador del sombrío Ijim. Bebe de esta corriente. Te llevaré en mis hombros. Bebió Tiriél e Ijim le alzó, sentándole sobre sus hombros. Durante toda la jornada le llevó; y al correr la noche su solemne cortinaje llegaron a las puertas del palacio de Tiriél. Se detuvieron e Ijim gritó:

- ¡Sal. Heuxos, que hasta aquí he traído al demonio que atormenta a Ijim! ¡Mira! ¿No te dice nada esta barba canosa ni estos cegados ojos?
Heuxos y Lotho corrieron al oír la voz de Ijim y al ver a su anciano padre a horcajadas de los hombros de Ijim. Sus lenguas persuasivas estaban inmóviles y sudorosos permanecieron, con piernas que temblaban. Sabían que vano era luchar con Ijim. Se inclinaron sin decir palabra.

-¡Vamos, Heuxos, llama a tu padre que me propongo cazar esta noche! Aquí tienes al hipócrita que a veces ruge como un terrible león. Pude arrancarle los miembros y dejarle pudrir en el bosque para que le devoraran los pájaros; pero preferí dejar el lugar. Sin embargo como tigre me siguió. Volví a vencerle. Entonces, como un río quiso ahogarme en sus aguas, pero no tardé en luchar victoriosamente contra las olas. Luego como nube, se cargó con las espadas del relámpago, pero también desafié la venganza. Entonces reptó como una lustrosa serpiente, hasta enroscarse en torno a mi cuello mientras dormía. Estruje su venenosa alma. Luego se hizo sapo y lagartija para susurrarme palabras al oído, o en forma de roca se interpuso en mi camino. Otras veces tomó forma de planta venenosa. Por fin le atrapé cuando asumía la apariencia de Tiriél, ciego y anciano. ¡Así lo he preservado! ¡Busquen a su padre! ¡Busquen a Myratana!

Los dos hermanos permanecieron donde estaban, sin saber que hacer. Entonces Tiriél alzó su argénteo voz:
- ¡Serpientes, no hijos! ¿Qué hacen ahí, inmóviles? ¡Vengan a buscar a Tiriél! ¡Vengan a buscar a Myratana y a divertirse con este hazmerreír! Tiriél, el pobre ciego, ha vuelto y su maltratada cabeza se halla a punto de soportar sus más amargas calumnias ¡vengan, hijos de la maldición!

Mientras Tiriél hablaba, sus hijos corrieron a él, asombrándose por la brutal fortaleza de Ijim. Sabían que la lanza, escudo y cota de malla eran inútiles. Cuando Ijim alzaba su vigoroso brazo. su cuerpo devolvía las flechas y la aguda espada se quebraba al encontrar su carne desnuda. Entonces Ijim dijo: ¡Lotho, Clithyma, Makuth, vengan a buscar a su padre! ¿Por qué están tan confundidos? ¿Por qué callas, Heuxos?

Entonces Ijim dijo: ¡Lotho, Clithyma, Makuth, vengan a buscar a su padre! ¿Por qué están tan confundidos? ¿Por qué callas, Heuxos?

-¡Noble Ijim, has traído a nuestro padre hasta nuestros ojos para que nos estremezcamos y hagamos gala de arrepentimiento postrados ante tus rodillas poderosas. Apenas somos los esclavos de Fortuna y este hombre tan cruel desea nuestra muerte. ¡Ijim! Este es aquel cuya añosa lengua engaña al noble. Si la elocuente voz de Tiriél ha labrado nuestra ruina, no nos rendimos ni luchamos contra la agria suerte.

Así habló, arrodillándose. Entonces Ijim sobre el suelo dejó al anciano Tiriél, quien dudaba si lo que sucedía era real.

-¿Es cierto, Heuxos, que abandonaste a tu anciano padre al capricho de los vientos invernales? ¿Es cierto? Es una monstruosidad y soy como el árbol al que el viento retuerce. ¡Tú, ciego demonio, y ustedes, simuladores! ¿Es esta la casa de Tiriél?

Eso es tan falso como Matha y tan tenebroso como el vacío Orcus

¡huyan demonios! Ijim no alzara su mano contra ustedes.

Así habló Ijim y, con aspecto tenebroso, se volvió para buscar, en silencio, la fronda secreta. Toda la noche vagó por las sendas desoladas.

V

El viejo Tiriél dijo, poniéndose de pie: ¿Dónde duerme el rayo? ¿Dónde oculta su horrible cabeza? ¿Y dónde sus ágiles y fieras hijas amortajan sus fieros vientos y los terrores de sus cabellos?

¡Tierra, así, con el pie, golpeo tu seno! ¡Despierta al terremoto que en su antro duerme para que alce su oscuro y ardiente rostro por las greetas del suelo; para que levante estas torres con sus hombros y ordene a sus ardientes perros que broten del centro de la tierra

regurgitando llamas, rugidos y humo! ¿Dónde estas, Plaga, que en

nieblas y aguas estancadas te bañabas? ¡Despierta tus indolentes miembros y permite que el más repugnante de tus venenos caiga de tus ropas mientras andas, envuelta en amarillentas nubes! Aquí torna asiento, en este amplio patio. Que sea sembrado de muerte. ¡Siéntate a reír de estos malditos hijos de Tiriél! Rayo, fuego, pestilencia, ¿no oyen la maldición de Tiriél?

Calló. Compactas nubes rodeaban en desorden las altas torres haciendo oír sus enormes voces como el eco a la maldición paterna. Tembló la tierra. El fuego brotó de las grietas abiertas y al cesar los temblores, la niebla se apoderó de la región maldecida.

El palacio de Tiriél se pobló de lamentaciones. Sus cinco hijas corrían y le tomaban por las ropas mientras derramaban lágrimas de amargo dolor.

-¡Ahora que sufren la maldición, lloran! ¡Si todos los oídos fueran sordos como los de Tiriél y todos los ojos tan ciegos como los suyos a su dolor! ¡Qué nunca más las estrellas titilen sobre sus techos! ¡Qué ni el sol ni la luna los visiten y que nieblas eternas envuelvan sus muros! Tú, Hela, que eres la menor de mis hijas, me conducirás lejos de este lugar. ¡Qué la maldición caiga sobre el resto y a todos comprenda!

Calló, Hela guió a su padre, alejándole del bullicioso sitio. Presurosos huyeron, mientras los hijos e hijas de Tiriél, encadenados en la espesa penumbra, lanzaban plañideros gritos durante la noche entera. ¡Y al llegar la mañana cien hombres aparecieron, imágenes vivas de la tétrica muerte! ¡Las cuatro hijas y todos los niños aun en sus lechos estaban tendidos sobre el piso de mármol, callados, víctimas de la peste! Los demás, atontados, daban vueltas, llenos de temor culpable y las vidas de todos los niños quedaron para mitigarse en el palacio, desesperados, repulsivos, mudos, perplejos, en espera de la muerte negra.

VI

Hela guió a su padre a través del silencio de la noche, azorada y muda, hasta que la luz de la mañana apuntó. - Ahora, ¡Hela, puedo ir con buen ánimo a vivir con I-lar y 1-leva, ya que la maldición acabará para siempre con mis hijos culpables. Este es acogedor camino correcto: lo reconozco por el sonido de nuestros pies.

Recuerda, Hela, que te salvé de la muerte. Obedece pues a tu padre, que te ha librado de la maldición. He morado con Myratana durante cinco años en el desierto desolado; durante todo ese tiempo hemos esperado que cayera el fuego del cielo o que los torrentes del mar por entero los cubrieran. Pero hoy mi esposa está muerta y el tiempo de la gracia ha pasado.

Ya has visto la consecuencia de la maldición paterna. Condúceme ahora al lugar que te he señalado.

-¡Cómplice de tus malignos espíritus. Maldito pecador! Ciertamente que nací esclava tuya; pero ¿quién te ha pedido que me preservaras de la muerte? Lo hiciste pensando en ti, hombre cruel: porque necesitabas ojos.

-Ciertamente, Hela: este es el desierto de todos los seres desalmados. ¿Es desalmado Tiriél? Mira: su hija menor ríe del afecto, glorifica la rebelión, se mofa del amor. No ha comido en estos dos días. Llévame a la tienda de Har y de Heva o te cubriré de una maldición paterna tan tremenda que en sentirás reptar los gusanos por tus huesos. Pero no.

¡Me guiarás! ¡Llévame, te lo ordeno, a casa de Har y de Heva! -¡Cruel! ¡Destructor! ¡Agostador! ¡Vengador!

Hasta Har y Heva de llevaré ¡qué ellos terminen maldiciéndote! ¡Qué te maldigan como tú has maldecido, aunque ellos no son como tú! Son santos y perdonan, rebosan amante misericordia y olvidan las ofensas de sus más rebeldes hijos.

De otro modo no habrás vivido para maldecir a tus hijos indefensos.

- Mírame a los ojos Hela, y advierte, ya que tienes ojos que ven, las lágrimas que manan de mis pétreos manantiales. ¿Por qué lloro? ¿Por qué mis órbitas ciegas no te dirigen venenosos dardos? ¡Ríe, serpiente, tú que eres el más joven de los reptiles venenosos que llevan la sangre de Tiriél! ¡Ríe, que Tiriél, tu padre, causa te dará para que llores a menos que le lleves a la tienda de Har! ¡Hija de la maldición!

-¡Silencia tu perversa lengua, asesino de hijos inermes! Te conduzco a la tienda de Har. No porque tema tu maldición sino porque presiento que te habrán de maldecir y que colgarán de tus huesos caídos, agonías convulsivas. Entonces, en cada arruga de ese rostro tuyo se darán cita los gusanos de la muerte para hartarse con la lengua de las tremendas maldiciones.

-Escucha Hela, hija mía. Eres hija de Tiriél. Tu padre clama y eleva su mano al cielo porque te has mofado de sus lágrimas y le has maldecido, a él, que es un anciano. ¡Qué las serpientes broten de tus firmes rizos y rían recorriéndolos!

Los oscuros cabellos de Hela se erizaron y las serpientes rodearon su frente, Creyó enloquecer. Sus alaridos parecieron conmover el alma de Tiriél.

-¿Qué he hecho, Hela, Hija? ¿Tanto temes mi maldición? De no ser así ¿por qué gritas? ¡Miserable! ¡Maldecir a tu anciano padre! Llévame a casa de Har y Heva y la maldición de Tiriél dejará de, obrar. ¡Si te niegas, quédate aullando en estas montañas baldías!

VII

Hela gimiendo, le condujo a través de montañas y de siniestros valles hasta que cierto atardecer llegaron a las cavernas de Zazel. De ellas salieron corriendo el viejo Zazel y sus hijos al ver a su tiránico príncipe ciego y a su hija que, sin dejar de lamentarse, le servía de lazarillo. Y rieron, burlándose. Algunos les arrojaron basuras y piedras cuando pasaron cerca de ellos; pero al volverse Tiriél y alzar su terrible voz algunos huyeron y se ocultaron; pero Zazel permaneció sereno y así comenzó a hablar:

-¡Calvo tirano, arrugado e hipócrita! ¡Escucha a las cadenas de Zazel! ¡Tú fuiste quien encadenó a tu hermano Zazel! ¿Dónde están ahora tus ojos?

¡Grita, hermosa hija de Tiriél! ¡Hermosa canción la tuya! ¿A dónde van? Vengan a comer raíces y a beber un poco de agua. Tu cráneo está despoblado, anciano; el sol secará tus sesos y llegarás a ser tan tonto como el tonto de tu hermano Zazel.

El ciego al escucharle, se golpeó el pecho y, estremeciéndose, siguió su camino.

Les arrojaron basuras hasta que la gimiente doncella condujo a su padre al refugio de un bosque. Moraban en el bestias salvajes y allí esperaba ella poner fin a su dolor; pero los tigres huyeron al oír sus gritos. Toda la noche erraron por el bosque y, al despuntar el día, comenzaron a escalar las montañas de Har. Al mediodía, las jubilosas tiendas se horrorizaron al oír, provenientes de la montaña, los lúgubres gritos de Hela.

Pero Har y Heva dormían, libres de temor, como niños apoyados al amante seno. Mnetha despertó. Corriendo fue hasta la puerta de la tienda y vio al anciano vagabundo, que guiaban a su casa. Cogió su arco y escogió sus flechas tras lo cual fue al encuentro de la terrible pareja.

VIII

Y Mnetha se apresuró a reunirse con ellos en la puerta del jardín inferior.

-¡No se muevan, o de mi arco recibirán aguda y alada muerte! Tiriél se detuvo y dijo:

¿Qué dulce voz amenaza con tan amargas frases?

Llévame hasta Har y Heva, que soy Tiriél, rey del occidente. Entonces Mnetha les guió a la tienda de Har. Har y Heva corrieron a la

puerta. Al palpar Tiriél los tobillos del anciano Har dijo: ¡Débil y equivocado padre de una raza sin ley. Tus leyes, Har, y la sabiduría de Tiriél, juntas terminan en maldición. Tu Dios de Amor, tus firmamentos de dicha.

¿Por qué una misma ley para el león y para el buey paciente?

¿Acaso no ves que todos los hombres no pueden concebirse iguales? Algunos tienen el ancho de las ventanas de la nariz y exhalan sangre. Otros se encierran en silente engaño, aspirando los venenos de la rosa matutina con dagas ocultas bajo los labios y el veneno de sus bocas. Otros fueron dotados de ojos que despiden luces infernales o de infernales teas ardientes de inconformidad y de males que sumen en oscuro desaliento. Otros, por fin, tienen bocas semejantes a las tumbas y dientes que son las puertas de la muerte eterna. ¿Puede la sabiduría encerrarse en un cetro de plata o el amor en un cuenco dorado?

¿Se abriga sin lana el hijo de los reyes? ¿Llora con voz sonora? ¿Mira el sol y ríe o tiende sus manos hacia las profundidades del mar para extraer la maldad mortal del escamoso lisonjero y tenderla a la luz de la mañana?

¿Por qué corretean los hombres bajo los cielos en forma de reptil como gusanos de sesenta inviernos que reptan sobre el suelo oscuro? El niño surge del seno materno; su padre le espera, dispuesto, para moldear la cabeza infantil mientras la madre juega indiferente con su perro en el lecho: el joven pecho está frío por falta de alimento materno, y se ve privada de leche la llorosa boca. Con dificultad y dolor levantan los pequeños

párpados y abren las diminutas ventanas de su nariz; el padre confecciona un látigo para animar a los indolentes sentidos, aleja a azotes toda fantasía juvenil del recién nacido; luego pasea al débil pequeño en su dolor, obligado a contar los pasos en la arena. Y cuando el zángano ha alcanzado su mayor longitud, aparecen las zarzamoras y envenenan todo el entorno. Así era Tiriél, obligado a la plegaria, repugnante, y a humillar el espíritu inmortal hasta tornarse sutil como la serpiente en un paraíso que todo lo consume: flores y frutos, insectos y viejos pájaros.

-Ahora mi paraíso ha caído y una terrible planicie arenosa convierte mis sedientos silbidos en una maldición contra ti, Har, padre equivocado de una raza sin ley. Mi voz se desvanece.

Dejó de hablar y, tendido a los pies de Har y Heva, halló horrenda muerte.

TIRIEL

I

And agèd Tirièl stood before the gates of his beautiful palace
With Myratana, once the Queen of all the western plains;
But now his eyes were darkened, and his wife fading in death.
They stood before their once delightful palace; and thus the voice
Of agèd Tirièl arose, that his sons might hear in their gates: --
`Accursèd race of Tirièl! behold your father;
Come forth and look on her that bore you! Come, you accursed sons!
In my weak arms I here have borne your dying mother.
Come forth, sons of the Curse, come forth! see the death of Myratana!'
His sons ran from their gates, and saw their agèd parents stand;
And thus the eldest son of Tirièl rais'd his mighty voice: --
`Old man! unworthy to be call'd the father of Tirièl's race!
For every one of those thy wrinkles, each of those grey hairs
Are cruel as death, and as obdurate as the devouring pit!
Why should thy sons care for thy curses, thou accursèd man?
Were we not slaves till we rebell'd? Who cares for Tirièl's curse?
His blessing was a cruel curse; his curse may be a blessing.'
He ceas'd: the agèd man rais'd up his right hand to the heavens.
His left supported Myratana, shrinking in pangs of death:
The orbs of his large eyes he open'd, and thus his voice went forth: --
`Serpents, not sons, wreathing around the bones of Tirièl!
Ye worms of death, feasting upon your agèd parent's flesh!
Listen! and hear your mother's groans! No more accursed sons
She bears; she groans not at the birth of Heuxos or Yuva.
These are the groans of death, ye serpents! these are the groans of death!
Nourish'd with milk, ye serpents, nourish'd with mother's tears and cares!
Look at my eyes, blind as the orbless skull among the stones!
Look at my bald head! Hark! listen, ye serpents, listen! . . .
What, Myratana! What, my wife! O Soul! O Spirit! O Fire!
What, Myratana! art thou dead? Look here, ye serpents, look!
The serpents sprung from her own bowels have drain'd her dry as this.
Curse on your ruthless heads, for I will bury her even here!'
So saying, he began to dig a grave with his agèd hands;
But Heuxos call'd a son of Zazel to dig their mother a grave.
`Old Cruelty, desist! and let us dig a grave for thee.
Thou hast refus'd our charity, thou hast refus'd our food,
Thou hast refus'd our clothes, our beds, our houses for thy dwelling,
Choosing to wander like a son of Zazel in the rocks.
Why dost thou curse? Is not the curse now come upon your head?
Was it not you enslav'd the sons of Zazel? And they have curs'd,
And now you feel it. Dig a grave, and let us bury our mother.'
`There, take the body, cursed sons! and may the heavens rain wrath
As thick as northern fogs, around your gates, to choke you up!
That you may lie as now your mother lies, like dogs cast out,
The stink of your dead carcasses annoying man and beast,
Till your white bones are bleached with age for a memorial.
No! your remembrance shall perish; for, when your carcasses
Lie stinking on the earth, the buriers shall arise from the East,
And not a bone of all the sons of Tirièl remain.
Bury your mother! but you cannot bury the curse of Tirièl.'
He ceas'd, and darkling o'er the mountains sought his pathless way.

II

He wander'd day and night: to him both day and night were dark.
The sun he felt, but the bright moon was now a useless globe:
O'er mountains and thro' vales of woe the blind and agèd man
Wander'd, till he that leadeth all led him to the vales of Har.
And Har and Heva, like two children, sat beneath the oak:
Mnetha, now agèd, waited on them, and brought them food and clothing;

But they were as the shadow of Har, and as the years forgotten.
 Playing with flowers and running after birds they spent the day,
 And in the night like infants slept, delighted with infant dreams.
 Soon as the blind wanderer enter'd the pleasant gardens of Har,
 They ran weeping, like frightened infants, for refuge in Mnetha's arms.
 The blind man felt his way, and cried: 'Peace to these open doors!
 Let no one fear, for poor blind Tirièl hurts none but himself.
 Tell me, O friends, where am I now, and in what pleasant place?'
 'This is the valley of Har,' said Mnetha, 'and this the tent of Har.
 Who art thou, poor blind man, that takest the name of Tirièl on thee?
 Tirièl is King of all the West. Who art thou? I am Mnetha;
 And this is Har and Heva, trembling like infants by my side.'
 'I know Tirièl is King of the West, and there he lives in joy.
 No matter who I am, O Mnetha! If thou hast any food,
 Give it me; for I cannot stay; my journey is far from hence.'
 Then Har said: 'O my mother Mnetha, venture not so near him;
 For he is the king of rotten wood, and of the bones of death;
 He wanders without eyes, and passes thro' thick walls and doors.
 Thou shalt not smite my mother Mnetha, O thou eyeless man!'
 'A wanderer, I beg for food: you see I cannot weep:
 I cast away my staff, the kind companion of my travel,
 And I kneel down that you may see I am a harmless man.'
 He kneelèd down. And Mnetha said: 'Come, Har and Heva, rise!
 He is an innocent old man, and hungry with his travel.'
 Then Har arose, and laid his hand upon old Tirièl's head.
 'God bless thy poor bald pate! God bless thy hollow winking eyes!
 God bless thy shrivell'd beard! God bless thy many-wrinkled forehead!
 Thou hast no teeth, old man! and thus I kiss thy sleek bald head.
 Heva, come kiss his bald head, for he will not hurt us, Heva.'
 Then Heva came, and took old Tirièl in her mother's arms.
 'Bless thy poor eyes, old man, and bless the old father of Tirièl!
 Thou art my Tirièl's old father; I know thee thro' thy wrinkles,
 Because thou smellest like the fig-tree, thou smellest like ripe figs.
 How didst thou lose thy eyes, old Tirièl? Bless thy wrinkled face!'
 Mnetha said: 'Come in, aged wanderer! tell us of thy name.
 Why shouldst thou conceal thyself from those of thine own flesh?'
 'I am not of this region,' said Tirièl dissemblingly.
 'I am an agèd wanderer, once father of a race
 Far in the North; but they were wicked, and were all destroy'd,
 And I their father sent an outcast. I have told you all.
 Ask me no more, I pray, for grief hath seal'd my precious sight.'
 'O Lord!' said Mnetha, 'how I tremble! Are there then more people,
 More human creatures on this earth, beside the sons of Har?'
 'No more,' said Tirièl, 'but I, remain on all this globe;
 And I remain an outcast. Hast thou anything to drink?'
 Then Mnetha gave him milk and fruits, and they sat down together.

III

They sat and ate, and Har and Heva smil'd on Tirièl.
 'Thou art a very old old man, but I am older than thou.
 How came thine hair to leave thy forehead? how came thy face so brown?
 My hair is very long, my beard doth cover all my breast.
 God bless thy piteous face! To count the wrinkles in thy face
 Would puzzle Mnetha. Bless thy face! for thou art Tirièl.'
 'Tirièl I never saw but once: I sat with him and ate;
 He was as cheerful as a prince, and gave me entertainment;
 But long I stay'd not at his palace, for I am forc'd to wander.'
 'What! wilt thou leave us too?' said Heva: 'thou shalt not leave us too,
 For we have many sports to show thee, and many songs to sing;
 And after dinner we will walk into the cage of Har,
 And thou shalt help us to catch birds, and gather them ripe cherries.
 Then let thy name be Tirièl, and never leave us more.'
 'If thou dost go,' said Har, 'I wish thine eyes may see thy folly.
 My sons have left me; did thine leave thee? O, 'twas very cruel!'

'No! venerable man,' said Tirièl, 'ask me not such things,
 For thou dost make my heart to bleed: my sons were not like thine,
 But worse. O never ask me more, or I must flee away!'

'Thou shalt not go,' said Heva, 'till thou hast seen our singing-birds,
 And heard Har sing in the great cage, and slept upon our fleeces.
 Go not! for thou art so like Tiriël that I love thine head,
 Tho' it is wrinkled like the earth parch'd with the summer heat.'
 Then Tiriël rose up from the seat, and said: 'God bless these tents!
 My journey is o'er rocks and mountains, not in pleasant vales:
 I must not sleep nor rest, because of madness and dismay.'
 And Mnetha said: 'Thou must not go to wander dark, alone;
 But dwell with us, and let us be to thee instead of eyes,
 And I will bring thee food, old man, till death shall call thee hence.'
 Then Tiriël frown'd, and answer'd: 'Did I not command you, saying,
 "Madness and deep dismay possess the heart of the blind man,
 The wanderer who seeks the woods, leaning upon his staff?"'
 Then Mnetha, trembling at his frowns, led him to the tent door,
 And gave to him his staff, and bless'd him. He went on his way.
 But Har and Heva stood and watch'd him till he enter'd the wood;
 And then they went and wept to Mnetha: but they soon forgot their tears.

IV

Over the weary hills the blind man took his lonely way;
 To him the day and night alike was dark and desolate;
 But far he had not gone when Ijim from his woods came down,
 Met him at entrance of the forest, in a dark and lonely way.
 'Who art thou, eyeless wretch, that thus obstruct'st the lion's path?
 Ijim shall rend thy feeble joints, thou tempter of dark Ijim!
 Thou hast the form of Tiriël, but I know thee well enough.
 Stand from my path, foul fiend! Is this the last of thy deceits,
 To be a hypocrite, and stand in shape of a blind beggar?'
 The blind man heard his brother's voice, and kneel'd down on his knee.
 'O brother Ijim, if it is thy voice that speaks to me,
 Smite not thy brother Tiriël, tho' weary of his life.
 My sons have smitten me already; and, if thou smitest me,
 The curse that rolls over their heads will rest itself on thine.
 'Tis now seven years since in my palace I beheld thy face.'
 Come, thou dark fiend, I dare thy cunning! know that Ijim scorns
 To smite thee in the form of helpless age and eyeless policy.
 Rise up! for I discern thee, and I dare thy eloquent tongue.
 Come! I will lead thee on thy way, and use thee as a scoff.'
 'O brother Ijim, thou beholdest wretched Tiriël:
 Kiss me, my brother, and then leave me to wander desolate!'
 'No! artful fiend, but I will lead thee; dost thou want to go?
 Reply not, lest I bind thee with the green flags of the brook.
 Aye! now thou art discover'd, I will use thee like a slave.'
 When Tiriël heard the words of Ijim, he sought not to reply:
 He knew 'twas vain, for Ijim's words were as the voice of Fate.
 And they went on together, over hills, thro' woody dales,
 Blind to the pleasures of the sight, and deaf to warbling birds:
 All day they walk'd, and all the night beneath the pleasant moon,
 Westwardly journeying, till Tiriël grew weary with his travel.
 'O Ijim, I am faint and weary, for my knees forbid
 To bear me further: urge me not, lest I should die with travel.
 A little rest I crave, a little water from a brook,
 Or I shall soon discover that I am a mortal man,
 And you will lose your once-lov'd Tiriël. Alas! how faint I am!'
 'Impudent fiend!' said Ijim, 'hold thy glib and eloquent tongue!
 Tiriël is a king, and thou the tempter of dark Ijim.
 Drink of this running brook, and I will bear thee on my shoulders.'
 He drank; and Ijim rais'd him up, and bore him on his shoulders:
 All day he bore him; and, when evening drew her solemn curtain,
 Enter'd the gates of Tiriël's palace, and stood and call'd aloud: --
 'Heuxos, come forth! I here have brought the fiend that troubles Ijim.
 Look! knowst thou aught of this grey beard, or of these blinded eyes?'
 Heuxos and Lotho ran forth at the sound of Ijim's voice,
 And saw their agèd father borne upon his mighty shoulders.
 Their eloquent tongues were dumb, and sweat stood on their trembling limbs:
 They knew 'twas vain to strive with Ijim. They bow'd and silent stood.
 'What, Heuxos! call thy father, for I mean to sport to-night.
 This is the hypocrite that sometimes roars a dreadful lion;

Then I have rent his limbs, and left him rotting in the forest
 For birds to eat. But I have scarce departed from the place,
 But like a tiger he would come: and so I rent him too.
 When like a river he would seek to drown me in his waves;
 But soon I buffeted the torrent: anon like to a cloud
 Fraught with the swords of lightning; but I brav'd the vengeance too.
 Then he would creep like a bright serpent; till around my neck,
 While I was sleeping, he would twine: I squeez'd his poisonous soul.
 Then like a toad, or like a newt, would whisper in my ears;
 Or like a rock stood in my way, or like a poisonous shrub.
 At last I caught him in the form of Tirièl, blind and old,
 And so I'll keep him! Fetch your father, fetch forth Myratana!
 They stood confounded, and thus Tirièl rais'd his silver voice:--
 `Serpents, not sons, why do you stand? Fetch hither Tirièl!
 Fetch hither Myratana! and delight yourselves with scoffs;
 For poor blind Tirièl is return'd, and this much-injur'd head
 Is ready for your bitter taunts. Come forth, sons of the Curse!
 Meantime the other sons of Tirièl ran around their father,
 Confounded at the terrible strength of Ijim: they knew 'twas vain.
 Both spear and shield were useless, and the coat of iron mail,
 When Ijim stretch'd his mighty arm; the arrow from his limbs
 Rebounded, and the piercing sword broke on his naked flesh.
 `Then is it true, Heuxos, that thou hast turn'd thy agèd parent
 To be the sport of wintry winds?' said Ijim, `is this true?
 It is a lie, and I am like the tree torn by the wind,
 Thou eyeless fiend, and you dissemblers! Is this Tirièl's house?
 It is as false as Matha, and as dark as vacant Orcus.
 Escape, ye fiends! for Ijim will not lift his hand against ye.'
 So saying, Ijim gloomy turn'd his back, and silent sought
 The secret forests, and all night wander'd in desolate ways.

V

And agèd Tirièl stood and said: `Where does the thunder sleep?
 Where doth he hide his terrible head? And his swift and fiery daughters,
 Where do they shroud their fiery wings, and the terrors of their hair?
 Earth, thus I stamp thy bosom! Rouse the earthquake from his den,
 To raise his dark and burning visage thro' the cleaving ground,
 To thrust these towers with his shoulders! Let his fiery dogs
 Rise from the centre, belching flames and roarings, dark smoke!
 Where art thou, Pestilence, that bathest in fogs and standing lakes?
 Rise up thy sluggish limbs, and let the loathsomest of poisons
 Drop from thy garments as thou walkest, wrapp'd in yellow clouds!
 Here take thy seat in this wide court; let it be strewn with dead;
 And sit and smile upon these cursèd sons of Tirièl!
 Thunder, and fire, and pestilence, hear you not Tirièl's curse?
 He ceas'd. The heavy clouds confus'd roll'd round the lofty towers,
 Discharging their enormous voices at the father's curse.
 The earth tremblèd; fires belchèd from the yawning clefts;
 And when the shaking ceas'd, a fog possess'd the accursèd clime.
 The cry was great in Tirièl's palace: his five daughters ran,
 And caught him by the garments, weeping with cries of bitter woe.
 `Aye, now you feel the curse, you cry! but may all ears be deaf
 As Tirièl's, and all eyes as blind as Tirièl's to your woes!
 May never stars shine on your roofs! may never sun nor moon
 Visit you, but eternal fogs hover around your walls!
 Hela, my youngest daughter, you shall lead me from this place;
 And let the curse fall on the rest, and wrap them up together!
 He ceas'd: and Hela led her father from the noisome place.
 In haste they fled; while all the sons and daughters of Tirièl,
 Chain'd in thick darkness, utterèd cries of mourning all the night.
 And in the morning, lo! an hundred men in ghastly death!
 The four daughters, stretch'd on the marble pavement, silent all,
 Fall'n by the pestilence! -- the rest mop'd round in guilty fears;
 And all the children in their beds were cut off in one night.
 Thirty of Tirièl's sons remain'd, to wither in the palace,
 Desolate, loathèd, dumb, astonish'd -- waiting for black death.

VI

And Hela led her father thro' the silence of the night,
Astonish'd, silent, till the morning beams began to spring.
`Now, Hela, I can go with pleasure, and dwell with Har and Heva,
Now that the curse shall clean devour all those guilty sons.
This is the right and ready way; I know it by the sound
That our feet make. Remember, Hela, I have savèd thee from death;
Then be obedient to thy father, for the curse is taken off thee.
I dwelt with Myratana five years in the desolate rock;
And all that time we waited for the fire to fall from heaven,
Or for the torrents of the sea to overwhelm you all.
But now my wife is dead, and all the time of grace is past:
You see the parent's curse. Now lead me where I have commanded.'
`O leaguèd with evil spirits, thou accursèd man of sin!
True, I was born thy slave! Who ask'd thee to save me from death?
'Twas for thyself, thou cruel man, because thou wantest eyes.'
`True, Hela, this is the desert of all those cruel ones.
Is Tirièl cruel? Look! his daughter, and his youngest daughter,
Laughs at affection, glories in rebellion, scoffs at love.
I have not ate these two days. Lead me to Har and Heva's tent,
Or I will wrap thee up in such a terrible father's curse
That thou shalt feel worms in thy marrow creeping thro' thy bones.
Yet thou shalt lead me! Lead me, I command, to Har and Heva!
`O cruel! O destroyer! O consumer! O avenger!
To Har and Heva I will lead thee: then would that they would curse!
Then would they curse as thou hast cursèd! But they are not like thee!
O! they are holy and forgiving, fill'd with loving mercy,
Forgetting the offences of their most rebellious children,
Or else thou wouldest not have liv'd to curse thy helpless children.'
`Look on my eyes, Hela, and see, for thou hast eyes to see,
The tears swell from my stony fountains. Wherefore do I weep?
Wherefore from my blind orbs art thou not seiz'd with poisonous stings?
Laugh, serpent, youngest venomous reptile of the flesh of Tirièl!
Laugh! for thy father Tirièl shall give thee cause to laugh,
Unless thou lead me to the tent of Har, child of the Curse!
`Silence thy evil tongue, thou murderer of thy helpless children!
I lead thee to the tent of Har; not that I mind thy curse,
But that I feel they will curse thee, and hang upon thy bones
Fell shaking agonies, and in each wrinkle of that face
Plant worms of death to feast upon the tongue of terrible curses.'
`Hela, my daughter, listen! thou art the daughter of Tirièl.
Thy father calls. Thy father lifts his hand unto the heavens,
For thou hast laughèd at my tears, and curs'd thy agèd father.
Let snakes rise from thy bedded locks, and laugh among thy curls!
He ceas'd. Her dark hair upright stood, while snakes infolded round
Her madding brows: her shrieks appall'd the soul of Tirièl.
`What have I done, Hela, my daughter? Fear'st thou now the curse,
Or wherefore dost thou cry? Ah, wretch, to curse thy agèd father!
Lead me to Har and Heva, and the curse of Tirièl
Shall fail. If thou refuse, howl in the desolate mountains!'

VII

She, howling, led him over mountains and thro' frighted vales,
Till to the caves of Zazel they approach'd at eventide.
Forth from their caves old Zazel and his sons ran, when they saw
Their tyrant prince blind, and his daughter howling and leading him.
They laugh'd and mockèd; some threw dirt and stones as they pass'd by;
But when Tirièl turn'd around and rais'd his awful voice,
Some fled away; but Zazel stood still, and thus begun:--
`Bald tyrant, wrinkled cunning, listen to Zazel's chains!
'Twas thou that chainèd thy brother Zazel! Where are now thine eyes?
Shout, beautiful daughter of Tirièl! thou singest a sweet song!
Where are you going? Come and eat some roots, and drink some water.
Thy crown is bald, old man; the sun will dry thy brains away,
And thou wilt be as foolish as thy foolish brother Zazel.'
The blind man heard, and smote his breast, and trembling passèd on.

They threw dirt after them, till to the covert of a wood
The howling maiden led her father, where wild beasts resort,
Hoping to end her woes; but from her cries the tigers fled.
All night they wander'd thro' the wood; and when the sun arose,
They enter'd on the mountains of Har: at noon the happy tents
Were frighted by the dismal cries of Hela on the mountains.
But Har and Heva slept fearless as babes on loving breasts.
Mnetha awoke: she ran and stood at the tent door, and saw
The agèd wanderer led towards the tents; she took her bow,
And chose her arrows, then advanc'd to meet the terrible pair.

VIII

And Mnetha hasted, and met them at the gate of the lower garden.
`Stand still, or from my bow receive a sharp and wingèd death!'
Then Tirièl stood, saying: `What soft voice threatens such bitter things?
Lead me to Har and Heva; I am Tirièl, King of the West.'
And Mnetha led them to the tent of Har; and Har and Heva
Ran to the door. When Tirièl felt the ankles of agèd Har,
He said: `O weak mistaken father of a lawless race,
Thy laws, O Har, and Tirièl's wisdom, end together in a curse.
Why is one law given to the lion and the patient ox?
And why men bound beneath the heavens in a reptile form,
A worm of sixty winters creeping on the dusky ground?
The child springs from the womb; the father ready stands to form
The infant head, while the mother idle plays with her dog on her couch:
The young bosom is cold for lack of mother's nourishment, and milk
Is cut off from the weeping mouth with difficulty and pain:
The little lids are lifted, and the little nostrils open'd:
The father forms a whip to rouse the sluggish senses to act,
And scourges off all youthful fancies from the new-born man.
Then walks the weak infant in sorrow, compell'd to number footsteps
Upon the sand. And when the drone has reach'd his crawling length,
Black berries appear that poison all round him. Such was Tirièl,
Compell'd to pray repugnant, and to humble the immortal spirit;
Till I am subtil as a serpent in a paradise,
Consuming all, both flowers and fruits, insects and warbling birds.
And now my paradise is fall'n, and a drear sandy plain
Returns my thirsty hissings in a curse on thee, O Har,
Mistaken father of a lawless race! -- My voice is past.'
He ceas'd, outstretch'd at Har and Heva's feet in awful death.